



LA PASCUA DE RESURRECCION

EN ORIENTE Y EN OCCIDENTE

Si grandes y patéticas son las ceremonias de la Semana Santa en Jerusalem, ninguna más imponente y magnífica que la fiesta de Pascua que se verifica en la iglesia del Santo Sepulcro, y que, según el padre Geramb, pudiera considerarse como un reflejo de las alegrías celestiales.

El oficio da principio á las doce de la noche del Sábado Santo.

La iglesia del Santo Sepulcro presenta en aquella hora solemne el aspecto más grandioso y deslumbrador. La inmensa nave, profusamente iluminada, puede apenas contener el gran número de peregrinos que acuden de todos los ámbitos del mundo, y que agitando las hachas encendidas, entonan á grandes gritos el glorioso cántico del *¡Alleluya!*

¡Alleluya, alleluya! gritan á la vez

las mujeres y los niños que llenan las espaciosas galerías, levantando en alto los perfumados cirios, y atronando los espacios con el solemne cántico que repiten regocijadas las imponentes bóvedas.

Los obispos, cubiertos de oro y pedrería, precedidos de turiferarios que embalsaman la atmósfera, elevando hasta los pies de Dios azuladas nubes de incienso, y seguidos de un gran número de sacerdotes, cubiertos todos con la capa pluvial bordada de oro, dan la vuelta al Santo Sepulcro, entonando himnos á la Resurreccion, en tanto que la multitud entusiasta que acompaña la procesion, continúa gritando:

¡Alleluya, alleluya!

El domingo se celebra el oficio del día con una magnificencia sin rival. Lámparas, candeleros, ornamentos, y

hasta las riquísimas colgaduras que adornan las paredes, todo es allí ofrenda de reyes y emperadores, ó donativos de la Europa cristiana.

En la puerta del Santo Sepulcro se coloca ese día un altar, donde el padre guardian, después de oficiar de pontifical, da por su mano la comunión á todos los peregrinos.

La fiesta dura todo el día, y aún después de cerrar la noche, todavía resuenan los cánticos sagrados en el Sepulcro del Dios-Hombre, confundidos con el ¡*Alleluya, alleluya!* que repiten á lo léjos las perfumadas bóvedas.

En Roma, las ceremonias de la Resurrección dan también principio el Sábado Santo, con esa magnificencia que despliega en todas las solemnidades religiosas la moderna Jerusalem.

A las cinco de la tarde se celebra en una de las iglesitas de la Plaza del Pópolo la primera misa de Pascua, según el rito de *los armenios unidos*.

El obispo que oficia, revestido de ricos ornamentos orientales, y ostentando una blanca y venerable barba, aparece rodeado de un gran número de asistentes que arrastran espléndidas dalmáticas de púrpura y oro.

Dos de ellos sostienen en el aire una banda de seda blanca con franjas de oro, y durante la elevación de la Hostia, otros dos asistentes tienden ante los ojos del oficiante un blanquísimo paño de lino, como símbolo del misterio que rodea al Sér increado.

Al terminar la misa se reparten en

gran número panes ázimos, adornados con la efigie del Cordero pascual.

Pero la gran fiesta romana, la que nuestra pluma no acertará jamás á describir, es la del gran día de Pascua, la que celebra el Santo Padre en la Basílica de San Pedro.

La entrada del Pontífice-rey, conducido en la silla gestatoria á través de la colosal Basílica, es un espectáculo único en el mundo, una solemnidad augusta que forma el más maravilloso contraste con la pompa teatral de los armenios.

Al ver al Santo Padre con su sonrisa evangélica, con su frente radiante de pureza, caminando en una silla sobre la multitud apiñada, y acariciado por cuatro grandes abanicos de plumas, el corazón palpita, el espíritu se exalta, y el espectador cree asistir á la transfiguración de un bienaventurado que los ángeles conducen en triunfo hasta los pies de Dios.

Al describirnos la magnificencia de los oficios de Pascua en la catedral de San Pedro; al pintarnos la celeste belleza que respiran las facciones del augusto pontífice, uno de los peregrinos que han pasado en Roma la Semana Santa en el año de gracia de 1864, anonadado ante la idea de tanta grandeza, encorvado bajo el peso de aquella misteriosa y augusta bendición, exclamaba con toda la fe de un corazón ardiente y apasionado:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Cuál será la grandeza de Jesucristo, si la vista de su Vicario en la tierra produce en el alma tan maravillosa sensación?

ROBUSTIANA ARMIÑO.





CREDO

Creo en Dios, Padre omnipotente,
 Criador del cielo y la tierra,
 Que así alienta en lo invisible
 Como en lo visible alienta.
 Creo en mi Señor Jesucristo,
 Su único Hijo, obra excelsa
 Que ántes de todos los siglos
 Brotó de su propia esencia.
 Dios de Dios, luz infinita,
 Gérmén de toda lumbrera,
 Verdadero Dios nacido
 Del Dios que todo lo llena:

Consustancial á su Padre
 Y de igual naturaleza,
 Fué, no hecho, si engendrado
 Por la voluntad inmensa
 De AQUEL SÉR de quien proceden
 Cuantas cosas fueron hechas.
 ÉL fué AQUEL que procurando
 Nuestra salvacion eterna,
 Bajó á la tierra del cielo;
 Y por la santa influencia
 Del ESPÍRITU DIVINO
 Que inunda de luz la esfera,

Encarnando en las entrañas
De una escogida doncella,
FUÉ HOMBRE en el puro seno
De MARÍA, Madre nuestra.—
Por salvarnos del pecado
Dió la sangre de sus venas;
Bajo el poder de Pilato
Sufrió dolores sin cuenta :
Bebió el cáliz de la angustia
Clavado en la cruz, y en ella
Redimió todas las culpas
De la humanidad entera.
Fué muerto : fué sepultado ;
Mas del sepulcro de piedra
Sacudió al tercero dia
La pesadumbre cruenta.
Resucitó ; subió al cielo
Lleno de luz y belleza :
Los ángeles le llevaron
Sobre sus alas de seda ;
Abrieron los serafines
Del alto empíreo las puertas,
Y el *Padre Eterno* en su trono
Le sentó á la mano diestra.—
Y allí está : desde ese asiento
Tornará un dia á la Tierra ;
Y vendrá armado ese dia

De la justicia suprema
Á pesar en la balanza
Las obras malas y buenas ;
A dar castigo al culpable,
Premio al que su ley observa.—
—Creo en él: creo en *Dios Padre*,
Que en el *Hijo* se recrea :
Creo en el *Espíritu Santo*,
Voz de los santos profetas.
Creo en los dogmas divinos
De nuestra madre la Iglesia ;
Pues siendo infalible, sola,
Única, inmutable, eterna,
Al nacer nos da esperanza,
Nos da al vivir fortaleza,
Nos da alivio en los dolores
Y al morir nos llora y reza.
Por ella, símbolo santo
Que á Dios vivo representa,
Espero al fin que mi carne
Purgada de su impureza,
Tornará unida á mis huesos
Á recobrar la existencia,
Cuando el acento potente
De Dios, tronando en la esfera,
Nos llame á gozar su gloria
Eternamente.— Así sea.

ANTONIO HURTADO.

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

SEGUNDA PARTE

(Continuacion)

XXV.

DOS PLANOS Y UN PLANO.

¿Os acordais de la tercera leccion de Carlitos?

Seguramente: allí visteis las relativas posiciones de dos rectas, y esto no puede haberse borrado de vuestra memoria.

Olvidar lo que son líneas paralelas ó

líneas perpendiculares, hubiese sido un delito de lesa geometría: no era posible que niños como vosotros, lectores queridísimos, lo cometieran.

Y pues yo debo creer recordais perfectamente todo lo que entónces os manifesté sobre la explicacion de mi amigo el profesor, paso hoy á deciros las diferentes posiciones que puede tener un plano, como tambien las que

relativamente pueden guardar entre sí dos de estos.

Pero... ¡qué mala es mi memoria! Os prometí hablaros en este artículo de unos ángulos nuevos que teniais que conocer, y sin comprender mi olvido he empezado á hablar de cosa bien diferente.

¿Y qué hacer?

Continuar, queridos niños; vosotros tendreis la necesaria paciencia para aguardar hasta el artículo próximo: en él quedará satisfecho vuestro deseo de conocer á los señores ángulos que tengo que presentaros.

Limitémonos hoy, vosotros y yo, á considerar al señor plano, persona que va á presentárenos en diferentes posiciones.

Lo que sabeis os marca lo que á saber vais: un plano puede ser vertical, horizontal é inclinado.

—¡Lo mismo que la recta! direis.

—Sí, lo mismo; *esto se parece á aquello.*

Pero falta que sepais lo que es un plano vertical, como tambien uno horizontal.

Será vertical aquel plano en que pueda trazarse una línea vertical; y horizontal aquel que guarde una posición semejante á la que presenta la superficie del agua cuando está perfectamente tranquila.

Es esto cosa clara y sencilla, y Carlitos, que lo explicó á sus discípulos, pudo fácilmente hacerse comprender de estos.

Yo, que sólo soy cronista de los sucesos acontecidos en la cátedra de mi amigo queridísimo, voy á dejar á éste la palabra, para que con su natural soltura explique este punto.

Hé aquí lo que dijo mi amiguito Carlos.

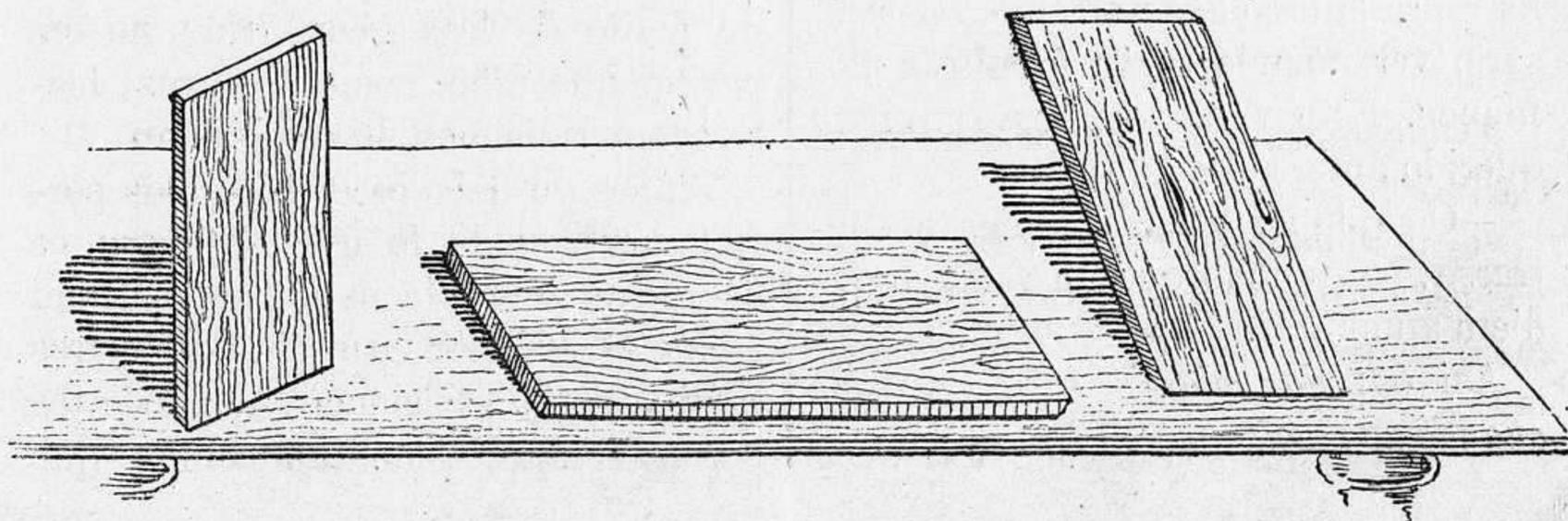
— Vosotros, queridos compañeros, querreis, sin duda, saber cuántas posiciones puede tener un plano. Vais á ver las tres principales.

Suponed que un pedazo de madera, una tablita cualquiera, pueda ser un plano; es indudable que puedo colocar dicha tablita sobre esta mesa de modo que descansa toda sobre ella, de modo que parezca caer á un lado ú otro, ó de que, perfectamente derecha, no se incline á ninguno.

Tendremos entónces las tres posiciones del plano: *horizontal, vertical é inclinado.*

Es necesario que veais esto: se comprende mucho mejor aquello que se ve que aquello que se oye. Mirad.

Y Carlos, al decir esto, tomó tres delgadas tablitas y las colocó de manera que guardaban las posiciones que os presento en esta figura:



Necesario fué sostener la última tablita: presentaba el plano inclinado á la superficie de la mesa, y sin un apoyo que Cárlos le puso por detras, no hubiera podido sostener su posición.

Los geómetras comprendieron perfectamente las posiciones del plano, y su profesor, luego que se hubo cerciorado de que efectivamente habian sido comprendidas sus palabras, pasó á explicar los diferentes modos como dos planos pueden hallarse.

Debo, pues, dar nuevamente la palabra á mi amiguito: oidle; transcribo aquí lo que entónces dijo.

—Si las posiciones de dos planos no fuesen análogas á las de dos rectas, yo desde luego os explicaria extensamente aquello que á tal asunto conviniera; pero si dos planos pueden ser perpendiculares, paralelos ú oblicuos, y vos-

otros comprendéis cuándo tendrán cualquiera de estas circunstancias, no debo extenderme mucho en esta cuestión.

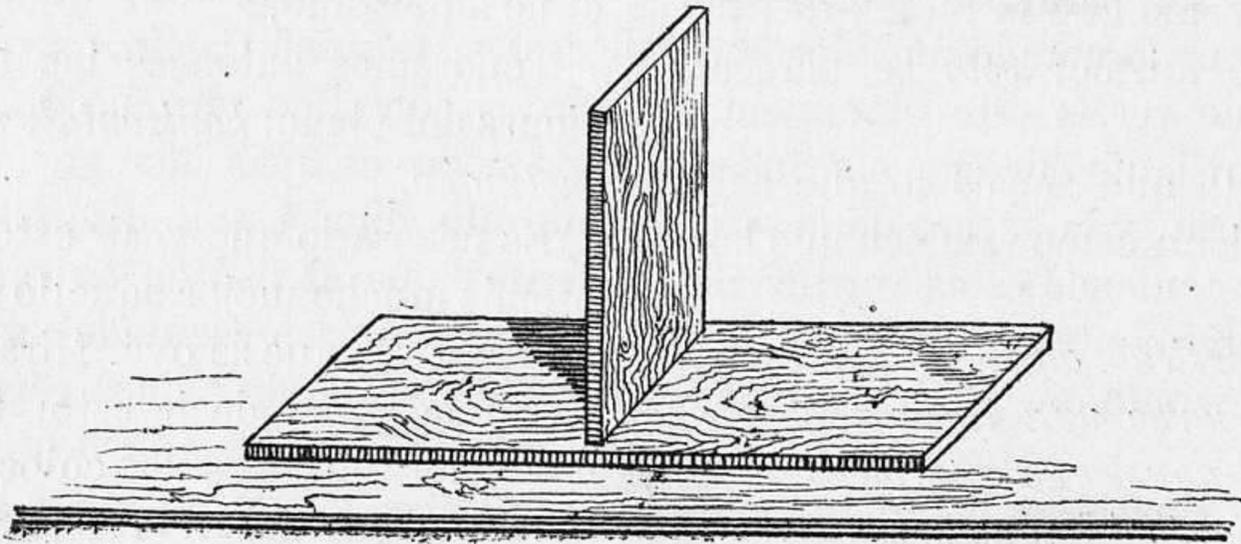
No obstante, bueno es que aseguremos nuestros conocimientos en esta parte: para ello, vosotros y yo vamos á tratarla.

—Dime, Luis: si tuvieses dos tablas delgaditas, colocadas de modo *que la una cayese sobre la otra, sin inclinarse más á un lado que al otro*, ¿qué verias en ellas?

—Dos planos que serian perpendiculares entre sí.

—Perfectamente: para que todos veamos eso prácticamente, vas á poner esas dos tablitas de un modo tal que sean perpendiculares.

Y Cárlos, al decir esto, dió á Luisito dos tablitas, que éste tomó, y colocó sobre la mesa de este modo:



—Ahora, continuó Carlitos, que ya hemos visto lo que nuestro compañero ha representado exactamente, es necesario ver cuándo serán paralelos dos planos. Esto va á decírnoslo mi muy querido amigo Teodoro.

—Cuando no puedan nunca encontrarse, por mucho que su tamaño pudiera aumentar.

Así es: *dos planos son paralelos cuando no se encuentren jamás, por mu-*

cho que se prolonguen. Esto es lo que se dijo de las rectas; pero puesto que á tal cosa hemos llegado, voy á hacer os una advertencia.

En la primera parte de nuestro trabajo no pude mencionar os una cosa que ahora debo hacer os comprender. Es la siguiente:

Dos rectas pueden no encontrarse jamás, y no ser paralelas.

—Pues entónces, interrumpió Esté-

ban, ¿por qué nos dijiste que serian paralelas si tenian esa propiedad?

—Porque yo no podia entonces hablaros más que de lo que se encontrase en un mismo plano. Ahora puedo deciros que *dos rectas serán paralelas si estando colocadas en un mismo plano no pueden encontrarse, por mucho que se prolonguen.*

—Yo no entiendo eso, dijo Teodoro.

—Ni yo, replicó Luis.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

Todos los géometras, excepto Rafael, no podian comprender las palabras del joven profesor.

Pero éste tomó prontamente dos varillas, las unió en forma de cruz, y cuando así las tuvo colocadas, dijo:

—Mirad: podemos admitir que estas varas son líneas rectas; están unidas ahora, y no son paralelas, puesto que se encuentran formando ángulos rectos. Creo que vereis esto claramente. Tomo la varilla de encima, sin que su direccion varíe, y la separo de la otra. Ahora bien: teniendo estas varillas direcciones totalmente opuestas, estando las dos horizontales, ¿podrán encontrarse?

—No, no, repitieron los niños: ahora comprendemos esto perfectamente.

—Debeis comprender que para que estas varillas no se encuentren han de ser necesariamente las dos horizontales, las dos verticales, ó las dos inclinadas con una misma inclinacion.

Pero hemos olvidado los planos: voy á volver á ellos.

Ya hemos visto cuándo serán perpendiculares y cuándo paralelos; nos

resta sólo conocer cuándo serán inclinados.

—*Cuando no sean perpendiculares ni paralelos*, dijo Luisito.

—Efectivamente; entonces serán inclinados. Con esto terminaria esta leccion, si no quisiese haceros ver una cosa. *Dos rectas se cortan en un punto; pero dos planos se cortan en una recta.* Esta línea que marca el corte de un plano por otro, tiene un nombre que vosotros no sabreis: se llama *interseccion.*

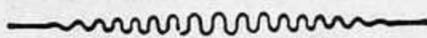
Con esto ya puedo terminar haciéndoos notar una circunstancia que debo esclarecer: en el curso de mis explicaciones he usado muchas barritas de madera, y es necesario que comprendais que todas ellas sólo líneas representaban, aunque fuesen realmente otra cosa. Esta advertencia es necesario que la tengais en cuenta.

Con estas palabras, queridísimos lectores, terminó Carlitos su explicacion, y con ellas termino yo, haciéndoos notar os fijeis bien en lo que mi amiguito dijo á sus discípulos: las barritas que él usó en su cátedra, y que yo os he representado, sólo figuran planos, y sólo planos representan las delgadas tablas que hoy veis representadas y que en otros artículos tambien habeis de ver.

Esto evitará la confusion que de otro modo podria resultar; ya que para presentar esta ciencia, que tan sábiamente enseñó mi amigo Carlos, de un modo sencillo y claro, el esclarecido é infantil profesor creyó conveniente hacerlo como lo habeis visto.

Me despido por hoy de vosotros; en el próximo artículo vereis los prometidos ángulos.

E. THULLIER.





DON LEANDRO FERNANDEZ MORATIN

Imposible es que no hayais oido alguna vez á vuestros padres pronunciar ese nombre, venerado por todas las personas de buen gusto literario.

Fué hijo D. Leandro de otro celebrado poeta y autor dramático, D. Nicolás, y en verdad, era digno hijo de tal padre. Educado cuidadosamente por este, siguió los sabios consejos y aprovechó la enseñanza de tal manera, que llegó á aventajarle y á lograr más alta fama que la del autor de sus dias.

Nació D. Leandro en Madrid en 1760, y á los diez y ocho años ya fué premiado por la Academia Española. Por motivos políticos hizo muchos viajes, y

pasó largos años en el extranjero, donde murió en 1828, en Paris. Sus cenizas fueron traídas á España en 1853 y depositadas en la iglesia de San Isidro.

Sus obras más notables son: *El Viejo y la Niña*, *La Comedia nueva ó el Café*, *El Baron*, *La Mojigata*, *El Si de las niñas*, acabado modelo de composicion dramática y de castizo lenguaje, *El Médico á palos* y *La Escuela de los maridos* (traducidas de Moliere), y *Macbeth* (traducción de Shakspeare).

Cuando tengais edad para ello os encantará leer las discretas obras del gran ingenio.

EL PRONUNCIAMIENTO DE LAS FLORES

ESCENAS CIENTÍFICO-RECREATIVAS DE BOTÁNICA

ESCRITAS EN FRANCES, EN PROSA, POR

JUAN MACÉ

Y ARREGLADAS EN VERSO CASTELLANO POR

ANTONIO ARNAO

(Conclusion)

LA AVENA.

Mas, mi palabra lo abona,
Eso no echará raíces.

LINNEO.

¡Ta, ta, ta! ¡Qué jerigonza!
¿Conque ustedes se pronuncian?
¡Ni que fueran españolas!

LA DÁLIA.

Déjelas usted, amigo,
Charlar á tontas y á locas.
Lo que usted quiere es muy justo.

EL ABEDUL.

Lo propio mi mano vota.

LINNEO.

Señor Maíz, venga y hable:
¿Dé qué se queja en mi contra?

EL MAÍZ.

De encontrarme separado,
Con injusticia notoria,
Del Trigo cual del Centeno,
Que con parentesco me honran,

Y de mi prima la Avena,
Que no abandonar me importa.

LA AVENA.

¿Separarnos? Eso nunca:
Venga ántes la muerte pronta.

LINNEO.

Mas ¡no ven que sus estambres
Son amigos...

LA AVENA. (*Interrumpiéndole.*)

¡Dale bola!

Ya los estambres salieron:
Calle por misericordia.

EL MAÍZ.

Pero cualquiera diria,
Al oírle de esa forma,
Que sólo estambres tenemos.

LA AVENA.

Si con más escrupulosa
Detencion, y más de cerca,
Y no una vez ni dos solas,
Nos hubiese usted mirado....

LINNEO.

¡Quiere usted callar, cotorra?
Sepa que mi vida entera
Se ha pasado laboriosa
Estudiando esas monadas
Que florecillas se nombran,
Y por raras y soberbias
No hay por donde se las coja.
Pero ya que encontré lazos
Para unir unas con otras,
Por seguir tales antojos
No seré yo quien los rompa.

LA RESEDA.

(*Aparte.*) Hace mal, señor Linneo:
No se incomode: son tontas.

(*Llaman á la puerta.*)

LINNEO.

Adelante.

ESCENA VI.

DICHOS.—*Salen* LA MARGARITA y EL ALELÍ.
EL GIRASOL y LA MARAVILLA. (*Yendo á la primera.*)

Buenos días:

Ya era tiempo, mi señora
Margarita. (*Se cogen los tres del brazo.*)

LINNEO (*corriendo á ellos y separándolos.*)

¡Desdichados!

¡Qué mezcla tan espantosa!
Pues se empeñan en ir juntos,
Sepan que sus tres personas
Son de órdenes diferentes
Que en modo alguno se rozan.
Usted, niña Maravilla,
Pertenece al que se nombra
«Poligamia necesaria».

LA MARAVILLA.

¡Válgame qué palabrotas!

LINNEO.

Usted, Margarita bella,
Si el oirlo no le enoja,
Se halla en la «supérflua». ¿Estamos?

LA MARGARITA.

Lo que es supérfluo me estorba.

LINNEO.

Y á usted, Girasol altivo,
La que es «frustránea» le toca.

EL GIRASOL.

¡Vaya unas bachillerías!
Esa jerga me encocora.
No olvide el señor Linneo
Que entre las flores, nosotras
Nos llamamos, y es sabido,
Las radiadas ó radiosas.

LINNEO.

Cállese, que han de llamarse
Como mi saber las ponga.

LA RESEDA.

Mi dueño y señor Linneo,
Sin ira sus dichos oiga.

EL MAÍZ. (*Perorando desde una silla.*)

Escuchad, ó amigos fieles,
Las palabras de mi boca,
Que va á hablaros en defensa
De los derechos que os honran:
Derechos imprescriptibles
Que ni se pierden ni borran,
Por más que manos alevés
Contra ellos se alcen odiosas.
Dejemos aquí á este anciano
Con su peluca, que empolva,
Y al señor Jussieu busquemos,
Que es sabio de nuestra estofa.
Con él podremos acaso
Tratar en paz y concordia;
Y pues él respetó siempre
Con voluntad bienhechora
Las familias naturales
Que en nuestro reino se notan,
Él dejará que los primos
Vivan juntos, sin reformas.
Seguid, mi penacho os marque
La senda de la victoria. (*Váse.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *ménos* EL MAÍZ.

LA AVENA.

Vénganse á ver á Jussieu
Los que triunfar ambicionan. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* LA AVENA.*(LA MARAVILLA, EL GIRASOL, y LA MARGARITA se cogen de bracero y pasan por delante de Linneo.)*

LAS TRES.

¡Honor á Jussieu, y abajo
Linneo, que así nos odia!*(Linneo, cruzalo de brazos, les dirige furiosas miradas.— Vánse.)*

ESCENA IX.

DICHOS, *menos* LA MARAVILLA, EL GIRASOL, y LA MARGARITA.LA ROSA *(adelantándose)*.Caballero y señor mio,
Cuando una se llama Rosa,
Da su nombre á su familia
Que recibe de él su gloria.
Lo que Icosandria llama
Le agradezco cariñosa;
Mas las «Rosáceas» prefiero
Que mi estirpe no desdoran. *(Váse.)*

ESCENA X.

DICHOS, *menos* LA ROSA.

LINNEO.

¡Oh ingratitud! ¡Y se marchan!
Y á un hombre que entre zozobras
Tanto trabajó por ellas
Desprestigian y abandonan!
*(Cúbrese el rostro con las manos.)*LA RESEDA *(al Alelí)*.Ya la ocasion ha llegado:
Marchémonos sin demora:
El instante aprovechemos,
Pues no nos ve en su congoja.

EL ALELÍ.

Con mucho gusto, pues quiere
Que yo—¡pretension chistosa!—
Esté en la «Tetradinámia»,
Y ese nombre me sofoca. *(Vánse.)*

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* LA RESEDA y EL ALELÍ.

LA DALIA.

¿En qué el Abedul medita?

EL ABEDUL.

¿Qué piensa la Dália airosa?

LA DALIA.

Pues que todas se han marchado...

EL ABEDUL.

Vámonos tambien nosotras. *(Vánse.)*

ESCENA ÚLTIMA.

LINNEO, *solo*.*(Alzando la cabeza, y mirando con dolor en torno suyo.)*¡Ingratas! ¡Todas se fueron!
¡Y me dejaron á mí
Que para amarlas nací
Mucho más que merecieron!
¡Mal haya Jussieu, mal haya
Su método natural
Que tan sólo por mi mal
Y por mi tormento ensaya!
Pero si plantas y flores *(con orgullo)*
Mi sistema han desdeñado,
Mi patria, en premio anhelado,
Me reserva sus honores.
En perdurable memoria
Suecia lo recibirá:
Suyo Alemania lo hará:
Bástame con esta gloria.*(Siéntase á su mesa y se pone á estudiar en un libro en folio.)*

FIN.





JIMENA DIAZ

Fué esta señora hija del conde de Asturias D. Diego Diaz, y nieta por la línea materna del rey de Leon, D. Alfonso V. Casó con D. Rodrigo Diaz de Vivar, por sobrenombre el *Cid*.

Un historiador francés, M. Weiss, ha tenido la osadía de decir que Jimena no existió, y que Mariana y otros escritores españoles introdujeron ese y otros personajes fabulosos en sus escritos; pero está probado que el escri-

tor extranjero es el que se engañó lastimosamente negando con indisculpable ligereza la existencia de la mujer del *Cid*.

En el siglo xvii el licenciado Gil Ramirez halló en el archivo de la catedral de Búrgos la carta de las arras que el *Cid* dió á su esposa; y en el mismo siglo se veia en el monasterio de S. Juan de la Peña el sepulcro de Jimena.



LA NIÑA DE IBINAGA ⁽¹⁾

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL

(Continuacion)

Cuando hubo llegado á aquel sitio, trabajó con ahinco, y en pocos segundos lo arregló todo de tal manera, que pudo colocar á su protegido en un rincón y dejarlo cubierto por una espesísima capa de helechos, alejando toda apariencia que pudiera denunciar lo que allí se ocultaba.

Y entónces habló así á Marina:

—Ahora, hermana, subamos á las habitaciones altas, y cuando vengan, mostrémonos á esos hombres con afectada serenidad.

—Pero, ¿cómo disimular?... preguntó la temerosa niña.

—Ve que en ello va la vida de ese infeliz, repuso Pedro.

—¡La Virgen de Aránzazu me dará valor! respondió la hermosa Marina con profunda fe.

En aquel momento se oyeron descompuestas voces en el zaguan de la casería, y ambos hermanos se dirigieron á aquella parte del edificio preguntando:

—¿*Nordá* (2)?

Un moceton de fornido cuerpo respondió preguntando á la vez:

—¿Dónde está el *chapelgorri* que se ha ocultado aquí?

—Aquí no se ha ocultado nadie, contestó con calma el intrépido Pedro.

—¡Cá! no pienses engañarnos, cediendo á los buenos instintos de tu co-

razon, porque si le ocultas le buscaremos hasta dar con él. ¿Dónde está, pues?

—Repito que aquí no hay nadie más que nosotros dos, replicó el joven casero con entereza, y designando á su hermana con el dedo índice.

—Ve que puedes comprometerte, objetó el moceton.

—Nada temo, porque nada hay que pueda hacerme temer.

—Muchachos, dijo en aquella sazón su interlocutor; supuesto que este mancebo se empeña en ocultarnos la verdad, registremos minuciosamente la casa.

Y con la codicia del que anhela la venganza, principiaron aquellos hombres á registrar uno por uno todos los departamentos de aquella tranquila vivienda.

Y llegaron á donde estaban los montones de helechos, y redoblaron allí sus pesquisas.

Las puntas de las bayonetas de los fusiles con que iban armados, penetraban por entre las secas y apiñadas plantas, para dar testimonio de lo que allí dentro hubiera, y Marina estuvo á punto de lanzar un grito y desfallecer, descubriéndolo todo de esta suerte, en el momento en que los agudos hierros se introducían rudamente en el monton bajo el cual se ocultaba el protegido de Pedro.

Pero éste último la dirigió una mi-

(1) Véase el número sétimo de este volumen.

(2) En vascuence significa: ¿Quién es?

rada tan profunda, que ahogó la niña su exclamacion, y aunque un sudor frio se deslizaba por todo su cuerpo, mantuvo su aparente serenidad.

Al fin iba á desaparecer la angustia que la afligia, porque nada acusaron felizmente las repetidas pesquisas de aquellos hombres.

Y todos salieron al zaguan, excepto Marina, á quien le esperaba un susto mayor que todos los pasados ya.

Cuando ponian los perseguidores el pié fuera de aquella pieza y Pedro no habia aún traspuesto bien el dintel de la puerta, un lastimero gemido salió de los montones de helecho.

Los dos hermanos temblaron, porque los dos lo oyeron clara y distintamente.

¿Habria llegado tambien á los oidos de los otros hombres?

Podia creerse que sí, porque todos se detuvieron en silencio.

¡Momento horrible! Porque una sospecha podia inducir á los de las boinas blancas á un reconocimiento más escrupuloso que el verificado, y en tal caso era segura la perdicion del protegido y del protector.

Pero el cielo se apiadó de ambos, y el silencio de los perseguidores fué roto por el moceton, que habló así, ensanchando con sus palabras el pecho de Marina y Pedro:

—A fé mia, que á no haberlo presenciado, no lo creyera, amigos míos: porque le apunté á mi sabor y le ví caer y no le perdí de vista hasta el fin de la accion... Allí estaba tendido en tierra... Cuando fuí á buscarle habia desaparecido... Los suyos no se lo han llevado... ¿Dónde está, pues?

—Será tal vez alguna brujería ó un sueño tuyo, Chandres, exclamó otro

apuesto mancebo de franco aspecto.

—No, replicó el moceton; no fué sueño mio, sino que alguna mano generosa le apartó de allí. Mas es imposible que haya tenido tiempo de alejarlo más...

—Pues ya ves que aquí no está.

—Lo sé y lo siento, que no es justo que ellos ceben su saña en nosotros sin que correspondamos con iguales escarmientos.

—Luchemos noblemente y la victoria será nuestra al fin; que Dios protege más al valiente que al rencoroso.

Y platicando de este modo salieron al campo y se alejaron.

Marina y Pedro respiraron con alegría y les siguieron con ávida mirada hasta perderlos de vista.

Entónces fueron con ligero paso al monton de helechos que ocultaba á su protegido, y sacándole de aquel incómodo escondite, se le llevaron á la parte alta de la casa y le acomodaron del mejor modo que pudieron en un modestísimo lecho.

II.

Herido en el pecho estaba aquel hombre, que apenas contaria diez y nueve años, y sus ropas manifestaban que era alférez de *chapelgorris*; es decir, del cuerpo de voluntarios que más se distinguió durante la heróica y desastrosa guerra civil, cuya memoria no se borrará jamas de los tristes anales de la hidalga España.

El hecho solo de pertenecer al cuerpo que no daba ni admitia cuartel, y que era el que siempre peleaba en primera fila, garantizaba que en aquel herido pecho palpitaba un corazon intrépido y resuelto, un corazon de valor excepcional.

Hé aquí por qué le miró Pedro con veneración desde que le vió tendido en tierra, cuando él se había acercado al lugar del combate, movido por una inclinación guerrera que le arrastraba, sin sospecharlo acaso, al ejercicio de las armas; hé aquí por qué, arrojando los peligros fáciles de comprender, le retiró de aquel sitio, y hé ahí por qué, complaciendo al mismo tiempo á sus sentimientos caritativos y generosos, le llevó á su casa y se aprestó á ser fusilado con su protegido, ántes que entregarle cobardemente á sus perseguidores.

Y así es que cuando el viejo casero de Ibinaga, que era el padre de Pedro y de Marina, entró pocos momentos despues del reconocimiento practicado en su vivienda, y subió á las habitaciones altas, fué enterado por su hijo de todo cuanto había acaecido; y leal y noble y aferrado á sus sentimientos cristianos, dijo gravemente:

—Estoy contento de tí, hijo mio: has cumplido como bueno. Nada importa que este jóven sea enemigo nuestro, si es valiente y está vencido. Aquí tendrá, pues, su familia, y aquí hallará seguro albergue hasta que se reponga y pueda partir en completa libertad.

—Gracias, padre mio.

—Ahora bien, añadió el anciano: tú eres jóven y robusto, y hay una religión, un rey y unos fueros que tienes obligación de defender, porque se ven rudamente amenazados. Mis fuerzas flaquean ya y no puedo pelear por ellos como quisiera... ¿Y tú?... preguntó con energía.

Y Pedro, que ahogaba en su pecho un ardiente deseo de participar del horror de los combates, y que, por un

justo respeto á su padre, nada le había dicho hasta entónces, exclamó, poniéndose de pié y arrojando lumbre por los ardientes ojos:

—Dadme un fusil, padre mio, y sabreis quién es vuestro hijo.

—Así te quiero yo, dijo el anciano. Vé, pues, no te detengas, que Dios mismo va contigo.

Y al expresarse de este modo, elevó una mirada al cielo, tan llena de fervor, tan saturada de convicción, como la de los santos mártires al espirar entre torturas sin cuento por la causa de la fe.

Y puso sus manos sobre la cabeza de Pedro, y le bendijo.

Entre tanto lloraba la hermosa Marina, á quien el triste ejemplo del oficial herido le hacía comprender los peligros que desde aquel momento empezaban á agruparse sobre su hermano; pero no se atrevió á hacer objeción alguna á su padre, y se sentía desfallecer de dolor y angustia.

Una hora más tarde, despues de haber recibido Pedro las necesarias instrucciones para poder alistarse en el naciente ejército carlista, abandonó el hogar paterno, colmando de besos á la cariñosa Marina, que lloraba con una aflicción inexplicable.

El anciano casero le volvió á bendecir cuando le vió alejarse, y á pesar de su entereza, de su valor y de la fé que le alentaba, sus labios temblaban y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

¡Era padre!

Sin embargo, si en aquella casa hubiera vivido la madre, ¡tal vez no se alejara tan presto el hijo de sus entrañas!

(Se continuará.)



LA GOLOSILLA



El bolsillo de la levita del abuelito es para Pepita un inagotable almacén de caramelos, terrones de azúcar, almendras, bombones y otras golosinas.

En cuanto el abuelito vuelve de la calle, en seguida salta Pepita sobre sus rodillas, y le registra el bolsillo.

Pero no quiero yo que Pepita quiera al abuelito solamente por el ruin interesillo; quiero que le quiera porque el abuelito merece todo su amor y todo su respeto, y tendría un gran pesar el pobre viejo si llegara á persuadirse de que su nieta no le quiere tanto y tan desinteresadamente como él quiere á su nietecita.

ADVERTENCIA

En el número próximo continuaremos la *Historia de España* y las *Lecciones de astronomía*.

Las *Lecciones de música* empezarán cuando termine la *Geometría de los niños*.

En el presente volumen daremos otra linda comedia para que la representen los niños.

Suplicamos á aquellos de nuestros suscritores cuyo abono haya terminado ó termine en este número, lo renueven ántes de publicarse el del 10 de Abril.